

ARTÍCULO

Mattei, Eugenia (2015). "Una *pietosa crudeltà*. La figura de César Borgia en Nicolás Maquiavelo", *Papeles de Trabajo*, 9 (15), pp. 124-149.

RESUMEN

Este artículo busca analizar la figura de César Borgia en la obra de Nicolás Maquiavelo. A estos efectos, se ofrece una sistematización de las menciones a la figura de Borgia en la obra maquiaveliana; y luego se señalan los usos de la misma que realiza Maquiavelo en función de sus propios interrogantes. De allí, se desprende una serie de aseveraciones sobre la relación entre líder y pueblo que sirven para complejizar la empresa teórica maquiaveliana.

Palabras clave: *Nicolás Maquiavelo, César Borgia, líder, pueblo.*

ABSTRACT

The main aim of this article is to analyze the figure of Cesare Borgia in the work of Niccolò Machiavelli. For these purposes, we will offer a systematization of the mentions of Cesare Borgia in the Machiavellian work, so as to tackle the specific uses Machiavelli gives to this figure based on his own queries. From that point, a series of assertions are derived about the relationship between the leader and the people, which are useful to delve into the machiavellian undertaking.

Key words: *Niccolò Machiavelli, Cesare Borgia, leader, people.*

Recibido: 29 / 6 / 2014

Aceptado: 25 / 10 / 2014

Una *pietosa crudeltà*¹

La figura de César Borgia en Nicolás Maquiavelo

por **Eugenia Mattei**²

*Ningún elogio es adecuado a tanta fama / Tanto nomini nullum par elogium
Epitafio inscripto en la tumba de Niccolò Machiavelli, Basilica di Santa Croce,
Firenze.*

Introducción

Nicolás Maquiavelo analiza la figura de César Borgia en reiteradas oportunidades. En *Il principe* lo menciona en diversas ocasiones: este personaje –ya sea como César Borgia, “el duque”,³ el Valentino o simplemente César– está presente en siete de los veintiséis capítulos que tiene el escueto libro y es el único ejemplo contemporáneo

1 Agradezco a Facundo Bey, Diego Conno, Claudia Hilb, Érica Hack, Luciano Nosetto, Leonardo Pistonesi, Lucia Pinto, Gabriela Rodríguez y a Agustín Volco por las afortunadas observaciones a versiones preliminares de este trabajo. Asimismo, los eximo por lo que no hay de virtuoso.

2 Licenciada en Ciencia Política (Universidad de Buenos Aires), estudiante de la Maestría en Ciencia Política (Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín), becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigación Científica y Técnica, con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani. eugeniamattei@gmail.com.

3 El título “Duca Valentino” es el que se le había otorgado antes del matrimonio con Carlota d’Albret, hermana del rey de Navarra. Al mismo tiempo, César le entregó al rey de Francia la bula papal que permitía la anulación del matrimonio de este con la hermana de Carlos VIII para contraer matrimonio con Ana de Bretaña.

al que Maquiavelo le atribuye el calificativo de “príncipe nuevo”. Asimismo, en los *Discorsi sopra prima deca di Tito Livio* aparece al menos en tres oportunidades: una en cada libro de la obra. A su vez, le dedica al duque de Valentino un informe diplomático del año 1503 titulado *La traición del duque Valentino a Vitellozzo Vitelli, Oliverotto de Fermo y otros*.⁴ César Borgia fue una figura emblemática de la política italiana y, a su vez, opera como un *exemplum* de un aspecto de la innovación teórica maquiaveliana, a saber: la relación que Maquiavelo establece entre príncipe y pueblo. La cuestión de los *exempla*, como mencionamos en la introducción, no opera en nuestra argumentación como parte de un género literario, ni para buscar contrastar cómo aparecen los *exempla* en los clásicos humanistas y cómo en Maquiavelo, como sí lo hace Bondanella (1973), sino, más bien, como una estrategia conceptual que servirá para entrever un arquetipo de liderazgo.

A estos efectos, procederemos en este artículo del siguiente modo: en primer lugar, repondremos secuencialmente las menciones a Borgia en la obra de Maquiavelo restituyendo el contexto histórico que les otorga su singularidad y densidad específicas. En segundo lugar pasaremos a identificar los ejes temáticos que resultan relevantes a efectos de pensar la innovación teórica que estas menciones vehiculizan. Por último, recapitularemos lo analizado con el objeto de tipificar el *exemplum* de César Borgia: el líder de una *pietosa crudeltà*.⁵

César Borgia en *Il principe* y en los *Discorsi*

La primera mención de César Borgia en *Il principe* está presente en el capítulo III, “De los principados mixtos”, es decir, aquellos principados nuevos que están bajo la configuración de principados mixtos que luego de ser conquistados son agregados a otros. En este capítulo, Maquiavelo indica las reglas generales para conservar el dominio nuevo. Para ello, se dirige desde lo más sencillo hacia lo más difícil: comienza con aquellos estados conquistados que poseen la misma

4 En el documento autógrafo “La traición del duque Valentino a Vitellozzo Vitelli, Oliverotto de Fermo y otros”, Maquiavelo narra cómo los Orsini, Vitellozzo Vitelli, Oliverotto de Fermo, Juan Pablo Baglioni, tirano de Perugia y el enviado del señor de Siena, Pandolfo Petrucci, Antonio de Venafo se reunieron en Magione, cerca de Perugia, para discutir cómo frenar la ambición de Borgia. Por esta pretensión de conjura, Borgia mandó a estrangular a Vitellozzo y a Oliverotto primero, y luego de los Orsini, y así mitigar cualquier intento atentar con su autoridad (Maquiavelo, 1991).

5 Para el título de este artículo y liderazgo, Maquiavelo es fuente de inspiración cuando dice: “Era tunuto Cesare Borgia crudele, non di manco quella sua crudeltà aveva racconcia la Romagna, unitola, ridottola in pace et in fede. El che si considerrà bene si vedrà quello essere stato molto piú pietoso che il populo fiorentino, il quale, per fuggiere el nome di crudele, lasciò destruggere Pistoia” (las cursivas son nuestras) (Machiavelli, 1971: 68-69).

lengua y costumbres hasta llegar a aquellos donde ambas son completamente disímiles. En este momento, Maquiavelo repara en las imprudencias políticas del rey de Francia –Luis XII– para mostrar lo que no se debe hacer si se quiere mantener el estado conquistado. Cuando las costumbres y la lengua entre el estado conquistado y el conquistador son diferentes, el conquistador tiene que o bien habitar el nuevo territorio o bien fundar colonias.

A efectos de captar la enseñanza maquiaveliana en su singularidad y densidad específicas es necesario restituir el contexto histórico. Maquiavelo tematiza el ascenso de Luis XII en Italia y su posterior fracaso. El rey francés siempre había pretendido poseer el ducado de Milán y, una vez organizado su propio estado, puso su mirada a Italia. En 1499 sella un tratado con los venecianos para la conquista del ducado, comprometiéndose a conferirles una parte de este territorio. Y, contemporáneamente, logra la aprobación del Papa tras la promesa de ayudar al Valentino en sus conquistas en el centro de Europa (Villari, 1953). Luis XII pudo, finalmente, introducirse con muy poca dificultad en Italia gracias a esta alianza que mantuvo con los venecianos a través de un tratado ofensivo y defensivo para la conquista del ducado de Milán, gracias al permiso del Papa y a los amigos temerosos que se pudo ganar.

Más allá de las peripecias sufridas como resultado de la conquista de Milán llevada adelante contra Ludovico Sforza –*il Moro*– Maquiavelo comienza a relatar los errores del rey francés; uno de ellos, tal vez el mayor, fue la ayuda brindada al Papa Alejandro VI en la empresa que se encomendaba a Borgia en Romagna. La imprudencia política de Luis XII hizo, en efecto, engrandecer a la iglesia, otorgándole mayor poder secular. Maquiavelo, asimismo, resalta otra falta cometida: permitir el ingreso de otro extranjero al territorio italiano. Hace referencia, en efecto, a la Guerra de Nápoles que generó varios conflictos, primero entre Francia y Federico I y, posteriormente, entre Francia y España. Primero, los franceses lograron entrar en el territorio del infortunado Federico I y, poco después, este último se rindió cediéndoles el ducado de Anjou. En pleno conflicto el ejército aragonés –comandado por Gonzalo Fernández de Córdoba– tomó la parte sur de Nápoles. Esta división del territorio entre Fernando, el católico y Luis XII tenía como sustento el frágil tratado de Granada de 1500. Efectivamente, esta fragilidad quedó demostrada en la derrota francesa de 1502 por las divergencias con España sobre la delimitación del territorio (Villari, 1953). En este tenso escenario entre Francia y España la ambigüedad de la política del Papa se había acrecentando pues comenzaba a inclinarse en favor del segundo por sus orígenes españoles. En resumen, Luis XII, afirma Maquiavelo, cometió cinco errores: eliminó a los menos poderosos; pero por otro lado, hizo aumentar el poder de otra potencia en Italia, la Iglesia;

permitió ingresar a otro extranjero con mucho poder, España. Tampoco se estableció en territorio italiano ni constituyó colonias.

Estas precisiones históricas nos permiten captar con claridad el sentido de la mención de Borgia hacia el final del capítulo tercero. En principio, esta referencia parece ser una alusión solo tributaria del argumento sobre los errores de Luis XII. Pero consideremos aquel pavoroso error que cometió Luis XII: ceder Romagna a Alejandro VI y el reino de Nápoles a España con el simple objeto de evitar una guerra. He aquí donde Maquiavelo nombra por primera vez en el libro a Borgia, tal como era conocido popularmente: “el Valentino”. El rey de Francia, persiguiendo una alianza con el Papa, había nombrado a Borgia duque de Valentino, cometiendo una pésima falta. Borgia estaba imponiendo su propio dominio en buena parte de Italia central y ya para el fatídico año de los franceses (1502) se había apoderado de las tierras en el centro del país, creado el ducado de Romagna y para junio del mismo año había conquistado, incluso, el Ducado de Urbino, expulsando a Guidubaldo de Montefeltro (Vivanti, 2013). Es en este horizonte donde se inscribe el afamado diálogo entre Maquiavelo y el cardenal Rouen, en el cual el primero le responde —en relación a la aseveración de que “los italianos no entendían de la guerra”— que los franceses no entendían nada sobre el Estado cuando permitieron a la Iglesia engrandecerse al permitirle que ocupara Romagna.

La segunda mención de Borgia aparece en el capítulo VII, “De los principados nuevos que se adquieren con las armas y la fortuna de otros”. Allí, la figura de Borgia aparece mencionada cuantiosamente; dos veces como César Borgia en el comienzo del capítulo y veintiuna veces bajo la nominación de “el duque”. La primera mención se encuentra junto a la de Francesco Sforza. Éste último parece haberse convertido en duque de Milán gracias a su virtud y pudo mantenerlo con poco trabajo. Con esta caracterización parece, a su vez, contraponerse con Borgia; pues, el duque pudo adquirir Romagna solo con la fortuna de su padre, el Papa Alejandro VI, y una vez que éste murió así la perdió. No obstante, por más que Borgia solo pudo adquirir un estado con fortuna y armas de otros, Maquiavelo parece matizar esta aseveración cuando dice:

Entonces, si se consideran todos los modos de proceder del duque, se verá que él forjó bases para la futura potencia, sobre las cuales yo no juzgó superfluo discurrir, porque no sabría qué mejor consejo dar a un nuevo príncipe que el ejemplo de sus acciones. Y si sus ordenamientos no fueron de su provecho, no fue culpa suya, puesto que esto obedeció a una extraordinaria y extrema malignidad de la fortuna (Maquiavelo, 2012: 33-34).

Aquí aparece, entonces, el motivo del fracaso de Borgia: “una extraordinaria y extrema malignidad de la fortuna”. Luego de referirse al

Papa Alejandro VI para mostrar la voluntad de hacer grande a su hijo y la dificultad de dicha empresa, Maquiavelo vuelve a nombrar a Borgia reiterando lo que había narrado en el capítulo III: Luis XII pudo entrar a Italia con la ayuda de los venecianos y del Papa. El permiso que obtuvo por parte del Papa no fue menor: Alejandro VI pudo tener el apoyo en armas y dinero para la empresa de conquista de Borgia. Las siguientes menciones al “duque” son con relación a la conquista de Romagna y a cómo, vencidos los Colonna, Borgia comenzó a organizar a sus propios ejércitos. Una vez consolidada la conquista de Romagna con la ayuda de su padre, Borgia armó sus propios ejércitos por la desconfianza que tenía hacia las armas de los Orsini. Una desconfianza que no era infundada: cuando había asaltado Bolonia y el ducado de Urbino, Borgia los vio actuar con suma tibieza. Esto llevó, afirma Maquiavelo, a que el duque no quisiera depender más de las armas y fortunas ajenas. Para lograrlo, primero debilitó a los partidarios de los Orsini y los Colonna y luego buscó la ocasión para liquidar a los propios jefes de los Orsini: “Y recuperada su reputación, sin fiarse de Francia ni otras fuerzas externas, para no tener que ponerlas a prueba a riesgo suyo, se dedicó a los engaños; y supo tan bien disimular su estado de ánimo que los propios Orsini, mediante el señor Paulo, se reconciliaron con él” (Maquiavelo, 2012: 36).

Una vez asesinados esos enemigos, teniendo Urbino y dando forma a Romagna, Borgia, escribe Maquiavelo, empieza a construir cimientos para “su potencia”. Él encontró a Romagna totalmente desunida y agredida y puso como referente de autoridad a Ramiro d’ Orco, hombre de suma crueldad.⁶ Posteriormente, juzgó innecesaria la excesiva autoridad de Orco, lo colocó frente a un tribunal civil para purgar el odio del pueblo hacia semejante figura y, finalmente, lo exhibió partido en dos en la plaza.

Las otras menciones a Borgia en este séptimo capítulo están articuladas, nuevamente, a la del rey de Francia. Borgia necesitaba su *rispetto* pues sabía que el rey no le había permitido continuar con sus conquistas, específicamente frente a las intenciones que tenía de atacar Bolonia. En palabras de Villari: “Francia anunció que se opondría al avance del duque, dando a entender que no permitiría que los Borgias hicieran más conquistas en Italia: que tendría que abandonar toda idea de apoderarse de Bolonia y Toscana” (Villari, 1953: 44). La presencia de Francia en Italia limitaba, cada vez más, las pretensiones de dominio de Borgia; sobre todo en relación a la Guerra de Nápoles. El duque —que se preparaba para marchar sobre Siena, adueñarse de Pisa y luego atacar a

6 En la edición italiana Maquiavelo refiere a d’Orco de la siguiente manera y cómo Borgia hace un buena buena administración de la crueldad: “E, perché conosceva le rigorosità passata averli generato qualche odio, per purgare li animidi quelli popupi e guadagnarseli in tuto, volle mostrare che, se crudeltà a alcuna era seguita, no era nata da lui, ma dalla acerba natura del ministro” (Machiavelli, 1971: 37).

Florenia– tuvo que suspender sus pretendidas acciones, pues implicaban necesariamente encontrarse en el camino con el ejército francés, que reclamaba para sí el acompañamiento en la lucha en Nápoles contra España. Frente a la posibilidad de develar su decisión en el conflicto por la delimitación de Nápoles, ya sea a favor o en contra, Borgia optó por mostrarse diletante. Que esto es –y no es otra cosa que– una estrategia destinada a no enfrentarse a su propia casa española puede parecer algo evidente. Su Santidad –quien estaba al comando de las negociaciones, como ya lo hemos mencionado– se inclinaba a favor de España; pero se mantuvo siempre en el plano de ambigüedad: dio a entender a los franceses que los ayudaría en su empresa, que sufragaría los gastos a condición que le dieran Nápoles o Sicilia al duque y, al mismo tiempo, ofreció su alianza con los venecianos para persuadirlos de unirse contra Francia y España. La situación de Francia en Italia, como señala Villari, terminó en su propia decadencia: “D’Aubigny había sido derrotado en Calabria por los españoles. Gonzalo Fernández de Córdoba había obtenido una brillante victoria en Ceriñola y en mayo entraba en Nápoles como conquistador. En una palabra, los franceses lo habían perdido todo, excepto Gaeta, donde se refugiaron gran parte de los sobrevivientes, y Venosa, ocupada por Luis d’Ars, y Santa Severina donde estaba sitiado el príncipe Rosano” (Villari, 1953:74). Este estado de cosas padeció un radical cambio con la muerte repentina de Alejandro VI en agosto de 1503. Es aquí donde Maquiavelo muestra el límite de cualquier vida, por más vital y audaz que sea: la muerte. Borgia no solo tuvo que lidiar con la muerte de su padre, sino, también, con la fragilidad de su propia salud: “Y había en el duque tanta fiereza y tanta virtud, y tan bien conocía cómo se han de ganar o perder los hombres, y tan válidos eran los fundamentos que en tan poco tiempo había forjado, que si no hubiera tenido esos ejércitos encima o él hubiera estado sano, se habría sobrepuerto a cualquier dificultad” (Maquiavelo, 2012: 40).

Borgia construyó cimientos buenos: conformó ejércitos, ganó los amigos necesarios, mintió, se hizo respetar por los soldados, innovó en las maneras de conseguir consenso. Sin embargo, cometió un gravísimo error en la elección del Papa Julio II, es decir, eligió un cardenal a quien él mismo había ofendido. Y esa fue, efectivamente, su ruina.

A pesar de su caída en desgracia, Maquiavelo lo propone como ejemplo imitable para aquellos que van a llegar al poder por fortuna o por armas de otro. Y de él se desprenden las enseñanzas de:

[cuidarse] de los enemigos, ganarse amigos, vencer ya sea por la fuerza o el mediante fraude, hacerse amar o temer por los pueblos y respetarse por los soldados, eliminar a quienes puedan ofender, innovar en los antiguos ordenes, ser severo y, a la vez, grato, magnánimo y liberal, aniquilar a la milicia infiel y crear una nueva, conservar las amistades con los reyes y príncipes de manera tal que

tengan que bien beneficiarle con gracia bien ofenderle con temor, no puede encontrar ejemplos para frescos que las acciones de aquel (Maquiavelo, 2012: 41).

Para finalizar, en la sistematización de las menciones que están presentes en este séptimo capítulo es necesario percatar que Maquiavelo vuelve a realizar un desplazamiento más: deja de lado la celebración de virtuosidad del accionar de Borgia para volver a retomar la elección de Julio II como Papa. “Solamente se lo puede acusar de la designación de Julio como pontífice...” (Maquiavelo, 2012: 41), afirmará Maquiavelo. Si Borgia no podía elegir a un Papa que le gustase, por lo menos podría no haber elegido a un cardenal que no había sido ofendido ni por él ni por su padre. Tampoco pudo aprovecharse del brevísimo pontificado de Pío III, quien falleció luego de diez días después de su coronación. Luego de muchas intrigas fue elegido Giuliano della Rovere como Julio II, un enemigo tradicional de los Borgia. El flamante Papa había negociado con el duque de Valentino para su elección un puesto como gonfaloniero de la Iglesia y del gobierno de Romagna. Pero luego terminó quebrando sus promesas y Borgia fue detenido en el Vaticano viendo cómo eran ocupados todos sus dominios (Vivanti, 2013). Es por ello que Maquiavelo sentencia que Borgia debía haber elegido, antes que nada, un Papa español.

Seguimos con el siguiente capítulo, el VIII, “De los que han llegado al principado por medio de los crímenes”. En este capítulo Maquiavelo pone en escena los casos de Agatocles y Oliverotto de Fermo. En Agatocles, vasallo que devino rey de Siracusa a través del uso de la crueldad, Maquiavelo advierte no llamarlo virtuoso ni hombre excelente: “No obstante no se puede llamar virtud al hecho de asesinar a sus ciudadanos, traicionar a los amigos, no tener fe, ni piedad, ni religión: y esos métodos pueden llegar a conquistar poder pero no gloria”. Cuando termina de detallar la crueldad ejercida por Oliverotto y cómo saqueó la ciudad de Fermo hasta convertirse en príncipe, menciona a la figura de Borgia. Oliverotto, ese personaje que podía engañar a todos no pudo sin embargo con Borgia, que pudo ponerle un límite a su excesiva crueldad. Borgia pudo engañarlo y Oliverotto fue, finalmente, estrangulado.

En el capítulo XI, denominado “Sobre los estados eclesiásticos”, la aparición del duque Valentino gira en torno al protagonismo que tiene su padre, el Papa Alejandro VI, gracias a quien la Iglesia pudo adquirir tanta grandeza. Si aseveramos que la aparición de Valentino es alrededor del halo que genera la investidura papal, es porque Maquiavelo lo califica como un mero instrumento gracias al cual el Papa pudo construir su poder.

En capítulo XIII, la referencia a Borgia está asociada nuevamente al excelente uso de las armas, o mejor dicho, al desplazamiento del uso de armas auxiliares a las armas propias. Efectivamente, Borgia entró a Romagna con la ayuda de las tropas francesas y tomó Imola y Forlì. Al no

sentirse seguro con estas armas, rápidamente acudió a las mercenarias tomando a sueldo a los Orsini y Vitelli. Pero, finalmente, sintiéndose también dudoso de estas, formó las suyas propias. Fue este desplazamiento de Borgia que lo llevó a aumentar su reputación.

Llegamos al capítulo en el que la figura de Borgia habilita el horizonte de las pasiones y su relación con el príncipe, el capítulo XVII, “De la crueldad y la piedad; y si es mejor ser amado que temido o por el contrario mejor temido que amado”. Borgia aparece al comienzo del capítulo, antes de la mención a la dupla Aníbal y Escipión. Maquiavelo afirma que el Valentino era considerado cruel pero, casi rápidamente, argumenta que era más piadoso que el pueblo florentino que, para eludir a la fama de cruel, permitió que se destruyera Pistoia. No habría que preocuparse en este sentido por la “infamia de cruel” si con ello se tiene a los súbditos unidos y leales. En un segundo registro, que da título a este capítulo, se encuentra la interrogación sobre si es mejor ser amado que temido o al contrario. Es aquí donde Maquiavelo recomienda que siempre es mejor ser temido que amado porque el amor, al igual que el odio, genera un lazo de obligación que generalmente se rompe por la maldad de los hombres. En este cálculo pasional el príncipe debe rehuir del amor y también del odio.⁷

Finalmente, las últimas dos referencias a Borgia en el *Il principe* aparecen en el capítulo XX, “Si las fortalezas y muchas otras cosas que habitualmente hacen los príncipes son útiles o no”. En la primera, solo para ilustrar el caso de Guidubaldo, el duque de Urbino, que luego de regresar a sus dominios de los que había sido expulsado por el Valentino, destruyó las fortalezas. Aquí Maquiavelo matiza la idea que las fortalezas puedan proteger al Estado y así, casi inmediatamente, afirma que la mejor fortaleza es no ser odiado por el pueblo. En la segunda, la condesa de Imola –Caterina Sforza– gracias a la fortaleza que tenía en su orden pudo huir del ataque popular, esperar la ayuda de Ludovico Sforza y luego recuperar su estado. Pero esto fue precario; César Borgia pudo obtener las adhesiones del pueblo para poder entrar a Forlì, capturar la fortaleza y enviar a Sforza como prisionera a Castel Sant’Angelo en Roma (Viroli, 2000). En estos dos puntos, como lo ilustra la figura de Borgia, la mejor fortaleza es el no-odio del pueblo.

Pasando ahora a los *Discorsi*, César Borgia aparece una vez en cada libro de los tres que componen esta obra. En *Discorsi* I.38 titulado “Las repúblicas débiles son irresolutas y no saben deliberar, y cuando toman partido es más por necesidad que elección”, Maquiavelo dispone de la

7 En la *Retórica* de Aristóteles, está presente la diferencia entre ira y odio: la primera se refiere en sentido individual; la segunda, por el contrario, se dirige al género. El odio aparece en la obra de Maquiavelo reiteradamente, la ira, por el contrario, no aparece ni mencionada (Aristóteles, 2000).

figura de Borgia luego de mencionar un episodio en la república romana en la los volscos y los equos levantaron un ejército y asaltaron a los que eran aliados de Roma, los latinos y a los hérnicos. Como Roma estaba hundida en la peste y no podía socorrerlos, los romanos les dijeron que intentaran defenderse por sí mismos con sus armas. Es decir, los romanos tomaron una decisión honorable permitiendo que sus aliados se armen con sus armas. Aquella decisión tiene, también, otra lectura: la apelación a que se armen hace que los latinos y los hérnicos no desobedezcan por necesidad; pero también implica mostrar el desplazamiento del accionar de Roma hacia el de Florencia. El duque, una vez que había tomado Faenza en 1500, quiso volver a Roma pasando por la Toscana. Para ello, Borgia mandó a uno de sus hombres para pedir paso por Florencia. Los florentinos no actuaron como los romanos. Por más que estuviera desarmada, tenía que parecer ante Borgia que podía pasar por su voluntad. Todo lo contrario ocurrió; Florencia se mostró irresoluta y diletante.

En *Discorsi* II.24, “Las fortalezas, por lo general, resultan más perjudiciales que útiles”, Maquiavelo vuelve al tema tratado en *Il principe* sobre la cuestión de las fortalezas y comienza por Roma y sobre cómo esta no construyó ninguna. Aquellas fortalezas que se construyen para protegerse del enemigo pueden ser útiles en algún sentido pero todo lo contrario ocurre con aquellas cuyo único fin es el de protegerse de los propios súbditos. Son, en definitiva, inútiles pues muestran al poder desnudo sin su arcano y generan, en consecuencia, un odio por parte de los súbditos. Para ilustrar esto, Maquiavelo reitera el caso de Caterina Sforza y cómo la construcción de fortalezas fue algo inútil para su poder. Seguidamente, aparece nuevamente la figura de Borgia en relación con el accionar del duque de Urbino, Guidubaldo. Cuando este último pudo recuperar las posesiones que Borgia le había quitado, destruyó las fortalezas. Guidubaldo había aprendido la lección que el ataque de *Il duce* le había enseñado: no son las fortalezas las que mantienen a los príncipes, sino la voluntad de los hombres.

La última mención se encuentra en *Discorsi* III.27, “Cómo se ha de reunificar una ciudad dividida, y cómo es falsa la creencia de que para conservar una ciudad hay que mantenerla dividida”. He aquí la figura de Borgia al final del capítulo en torno a cómo Borgia y Vitelli se apoderaron de Arezzo, Val di Tevere y Val di Chiana en 1502. Villari relata la precaria situación de Florencia pues, para septiembre de 1501, tenía ya un escenario desolador: los florentinos observaban la eminente amenaza del duque cuando entró en Piombino, Francia le regateaba su amistad a cambio de ducados y las continuas revueltas en Pistoia. Ya para mayo de 1502, Vitellozzo Vitelli y los Orsini avanzaban por Val di Chiana, comandados muy de cerca por el duque y Florencia seguía tironeada por los pedidos del emperador Maximiliano y por las exigencias de Francia

de los ducados necesarios para protegerla. Una protección que resultaba insuficiente para atemorizar al Valentino y que había vaciado el tesoro de Florencia. Entre tanto, como señala Villari, Vitellozzo ya estaba cerca de Arezzo para provocar una rebelión. En este horizonte, los florentinos esperaban al contingente francés para que los quiten del eminente peligro que se encontraban. Frente a esta situación acudió el monseñor de Lant, enviado por el rey de Francia, para restituir a los florentinos los territorios perdidos. Cuando el monseñor replica y crítica la aseveración de los hombres que se decían pertenecientes al partido del Marzoco, Maquiavelo asevera que estas opiniones dan cuenta de la debilidad de quienes gobiernan, que no pueden conservar sus estados con fuerza y con virtud se inclinan a juegos retóricos que, en tiempos de adversidad, no conducen a nada.

El gesto maquiaveliano: Borgia en torno a la virtud-fortuna, la crueldad y el no-odio

En el anterior apartado, hemos visto los distintos tratamientos del *exemplum* Borgia que realiza Maquiavelo en *Il principe* y en los *Discorsi*. Estos dan cuenta, a su vez, de tres movimientos que conviven en torno a su figura: uno de rebajamiento, otro de admiración y otro de desazón por su caída. La primera evocación, en el capítulo III, hace referencia a que Borgia era conocido y llamado por el vulgo como “el Valentino” y por su condición de ser hijo del Papa. Maquiavelo parece colocar a César Borgia en un lugar marginal, como un mero personaje que logró resaltar solo a merced de tener un padre pontificio. Eso es, sin embargo, solo una primera impresión. A medida que avanza Maquiavelo, Borgia parece elevarse de ese lugar de hijo del pontífice poderoso al de un hombre audaz que logra armar milicias propias, liquidando a los potenciales traidores y a los ejércitos vecinos, para luego, en el final, explicar su ruina dada por la muerte de su padre, la fragilidad de su propia salud y la elección del nuevo Papa.

A partir de estas citas, menciones y movimientos en torno a Borgia, podemos dirigirnos a determinados interrogantes de Maquiavelo; es decir, en la lectura maquiaveliana sobre la figura Borgia y la imagen que de él se desprende, allí es donde se operacionalizan varios conceptos edificantes de su obra: virtud/fortuna, la crueldad y el no-odio. Primero, en la afamada díada virtud/fortuna, que se encuentra de manera explícita en el capítulo XXV de *Il principe* pero insistente en toda su obra,⁸ se pone

8 Por ejemplo, esta díada aparece en los versos *De Fortuna*, en los intercambios epistolares con Francesco Vettori y en los *Discorsi* (II, 1, 29; III, 9, 21, 44).

en escena la tensión entre lo inexorable/lo impredecible (fortuna) y la habilidad/sagacidad que se necesita para poder dar forma a lo impróvido (virtud). Esta querella fortuna/virtud está inscripta en la propia especificidad de Borgia a través de su accionar político que se manifestó tanto en las conquistas exitosas, su audacia, como en sus fracasos. Segundo, el interrogante maquiaveliano sobre el ejercicio de la crueldad se encuentra como un péndulo entre la virtud y el vicio. Ahí nuevamente Borgia es un ejemplo teórico de la novedad maquiaveliana al vislumbrar la importancia de saber en qué momento es necesario el ejercicio de la crueldad. Por último, la pasión del no-odio está siempre en juego en la construcción de la imagen del príncipe y en la relación que mantiene éste con el pueblo. Borgia enseña con su figura la particular dinámica que se genera entre un líder y el pueblo en la obra de Maquiavelo. En resumen, en este nuevo apartado, conduciremos la presencia del *exemplum* Borgia a tres ejes: el par virtud/fortuna, la crueldad y el no-odio. Estas son algunas nociones que permiten echar luz sobre un tipo de liderazgo que habita en la obra de Maquiavelo: el liderazgo de César Borgia.

El rescate de la diada virtud/fortuna en el *exemplum* Borgia se realiza en dos aspectos: el primero da cuenta de cómo el accionar político de Borgia hizo reversibles condiciones adversas; el segundo, cómo esa disposición a actuar siempre implicó una relación con otros. Vayamos, entonces, a estos dos aspectos en detalle.

(1) El duque armó sus propios ejércitos, como se afirma en los capítulos VII y XIII de *Il principe*, percatándose de la necesidad política de contar con armas propias y sobre todo por la desconfianza que tenía en las armas de los Orsini. Por otro lado, las rebeliones en Urbino y la conjura que tramaron los Orsini y Vitelli para detener la potencia de Borgia, tuvieron, también, una muestra de la vitalidad del duque (Maquiavelo, 1991). Ahora bien, estos dos episodios que narra Maquiavelo sobre Borgia encuentran plena afinidad con la problemática virtud/fortuna: si la *virtù* y la fortuna miden de manera continua sus fuerzas en el terreno de la ocasión, el accionar de Borgia estuvo constreñido por las circunstancias del presente –como fue el hecho de no poseer armas propias o por las conjuras que se armaron en su contra–, pero su porvenir estuvo abierto a la contingencia que implicó la reversión de esa situación. Borgia pudo armar sus milicias cuando no las tenía y logró engañar a aquellos que pretendían traicionarlo. Por esa razón, se toma un especial interés en la evocación de la fortuna que realiza Maquiavelo: la fortuna muestra su mayor potencia cuando no hay virtud que se le oponga una eficacia. De la ocasión, se sirve el hombre político, Borgia, para seducir a la fortuna que, como mujer, es voluble, amante de los jóvenes, pues “estos son menos cautos, más fieros y le dan órdenes con más audacia” (Maquiavelo, 2012: 135). Mientras la *virtù*, como señala Louis Althusser

(2004), es la figura de la conciencia, la fortuna es lo imprevisto, inefable e indescifrable. Cuando la presencia de Borgia en el centro de Italia era una cosa eminente –conquistó Piombino en 1501, Perugia en 1503 e intentaba apoderarse de Pisa también– el entrelazamiento entre *fortuna* y *virtù* cobra una vital importancia, pues vislumbra la acción virtuosa de Borgia en aventurarse y tener un sentido de oportunidad. Louis Althusser⁹ observa en la figura de César Borgia al príncipe nuevo que no era príncipe, sino un duque, un anónimo que acaece en una provincia y no en un Estado. Borgia, que políticamente no era nada, renuncia a sus títulos de la iglesia y se aventura hacia Romagna: un lugar que no es un estado, sino más bien un dominio sin estructura. De esta materia sin forma, dice Althusser, Borgia hará un Estado Nuevo y se convertirá en el príncipe nuevo. Comienza por fortuna y luego la transforma en *virtù* (Althusser, 2008: 337).

(2) El *exemplum* Borgia nos permite asimismo iluminar una característica eminente de la *virtù*, a saber, su ser-con-otros. Se trata de una *virtù* que no está aislada, sino que está en “comunidad”, una *virtù* con-otros.¹⁰ Su eficacia consiste en cambiar, toda vez que irrumpe, el horizonte de significados en el cual está inscrita. La virtud maquiaveliana de Borgia interviene, como afirma Merleau-Ponty, en un estado de opinión y abre o cierra fisuras en el bloque del consentimiento general. Borgia no solo logró liberar al pueblo de Romagna, sino que también logró capturar su adhesión. Pero también, Maquiavelo ha subrayado, sobre todo en los capítulos III y VII de *Il principe*, cómo Borgia pudo revertir la situación cuando el pueblo comenzó a odiar a Ramiro d’Orco por su mala administración de la crueldad y, por lo tanto, cerrar cualquier grieta que atente contra la creencia en su autoridad Borgia, con su acción y como actor político, cambió la constelación de significados compartidos subjetivamente, “[y], viceversa, el advenimiento de nuevas significaciones ni siquiera sería posible de no ser por los significados sedimentados que permiten a los demás y al actor embarcarse en una comunicación significada con la acción misma” (Plot, 2008: 123).

Borgia se aventuraba en modificar las relaciones de fuerzas vigentes y sabía que la relación con Francia era difícil, sobre todo con el ingreso de los franceses en el reino de Nápoles y que los españoles asediaban Gaeta.

9 La interpretación de Althusser sobre Maquiavelo está expuesta, en gran medida, en dos trabajos. Decimos en gran medida pues excluimos el seminario de 1962, una lectura más decepcionante del pensamiento de Maquiavelo. En primer lugar, los textos que, redactados para un curso dictado entre 1971 y 1972, tuvieron correcciones en 1975 y en 1980. Estos escritos fueron reunidos bajo el libro denominado *Machiavel e nous*. En segundo lugar, la conferencia dictada en 1977 en la Fondation Nationale des Sciences Politiques de Paris denominada *Solitude de Machiavel*.

10 “Entonces describe bajo el nombre de virtud un medio de vivir con los demás” (Merleau-Ponty, 1969: 268).

Pero lo más difícil con lo que tuvo que lidiar Borgia es con el reverso de la vida: la muerte. La brevedad de la vida de Alejandro terminó con el ascenso de Borgia. Aquí es necesario hacer una pausa, pues cuando se pensaba que en definitiva, este obrar era animado por la fortuna –de ser hijo de un Papa– y era lo que había posibilitado al duque a construir un orden, Maquiavelo, de manera rotunda, menciona la “tanta fiereza y virtud”¹¹ del duque. Borgia tenía virtud, lidió con adversidades y tuvo el sentido de la oportunidad, pero luego con la eminente elección de un nuevo pontífice, la fortuna, evasiva y huidiza, contraatacó desfavorablemente. Siempre el no-saber está presente en el horizonte de la acción política. Tal vez, la eficacia de lo político estriba en la conciencia de ese no-saber. Este no-saber no es otra cosa que lo indeterminado que, en algún punto, sujeta la *virtù* de la acción política a la fortuna. La *virtù* de Borgia, en este sentido, logró construir buenos cimientos para luego desplegar su potencia. Sus acciones se encontraban inscriptas, siempre, en la indeterminación de la fortuna. Un ejemplo claro de lo incierto fue el grave error cometido: la elección del Papa Julio II, es decir, eligió a un cardenal que él mismo había ofendido. Y esa fue, finalmente, su ruina.

Este interrogante por lo incierto es, asimismo, una postura epistemológica: una mirada sobre el presente puede llevarnos a hacer previsiones para el futuro. Pero, por más que una fe perceptiva nos lleve a tener una certeza prereflexiva respecto a la realidad de lo que percibo, nunca hay garantías que ligen nuestras miradas (o palabras) a las cosas. La fe perceptiva, como el sentido común kantiano, no es otra cosa que la voluntad de que lo que *es* ante nuestros ojos lo sea también ante los demás; pero no es una garantía, es más bien una apuesta. Es por eso que lo indeterminado, lo incierto, es simplemente la contingencia de lo que aparece o de lo que planeamos que suceda, puesta ante la voluntad del actor de que aquello sea y –por tanto– de actuar en consecuencia. Entonces, se puede decir que el virtuosismo de la acción se mide por su eficacia. La indeterminación no es la ironía trágica del tiempo que hace que alguien pueda morir antes de lo esperado; es lo que abre el juego para que los que están dispuestos actuar se arriesguen a hacer algo quizás inesperado. Es, por así decirlo, la imaginación volcada a un futuro no escrito. Y es allí donde Borgia es un *exemplum* de liderazgo maquiaveliano que condensa en su persona la tensión entre virtud y fortuna.

Borgia es un *exemplum* porque da cuenta en el mismo el interrogante sobre la virtud y la fortuna. En la literatura sobre el papel de la *fortuna*

11 La cuestión de la fiereza nos remite a otra duplicidad maquiaveliana: la astucia del zorro y la fuerza del león del capítulo XVIII. El hombre, como un péndulo, deambula entre el saber engañar cuando sea necesario y ser temerario cuando determinadas situaciones lo exijan. Esta alegoría zoomórfica muestra, a su vez, cómo en Maquiavelo opera, de manera constante, lo visible y lo invisible. La combinación entre fiereza y virtud es reproducida en *Discorsi* I. 19.

en Maquiavelo, cuando es emparentada con el azar cósmico, no permite dejar entrever que el elemento de la contingencia está, también, inscripto en las acciones mismas. Es decir, no es un factor externo que opera, a su vez, como elemento trascendental. Que la figura de la fortuna en Maquiavelo es algo ambivalente es algo cierto: La fortuna es mujer, pero también está en el juego retórico a partir de las menciones de Dios. Resulta así una mixtura entre formas del cristianismo y paganismo y una trascendentalidad del azar. No obstante, como menciona en *Discorsi* III.43: "... todas las cosas del mundo tienen siempre su correspondencia en sus tiempos pasados. Esto sucede porque, siendo obra de los hombres..." (Maquiavelo, 2000:435), muestra que la fortuna no se encuentra, efectivamente, fuera del panorama de las acciones humanas. En este sentido, Maquiavelo ridiculiza y combate a los que juzgan que el mundo está gobernado por la Providencia y la fortuna. Estos, en definitiva, eluden cualquier tipo de responsabilidad política, exhortando designios secretos: "No obstante, para que nuestro libre arbitrio no se extinga, juzgo que puede ser verdadero que la fortuna es arbitro de la mitad de nuestras acciones, pero que también ella nos deja gobernar la otra mitad, más o menos a nosotros" (Maquiavelo, 2012: 132). En efecto, con la *fortuna* no se llega muy lejos; más bien, esta ofrece una ocasión para el ejercicio de la *virtù*. Por obra de la diada virtud/fortuna las peripecias de Borgia y su accionar ejercieron una fuerza particular. Muestran, en este, por un lado, la tensión inconmensurable entre *virtù*¹² y fortuna y, por otro, cómo la *virtù* ejercida por Borgia tiene siempre un correlato con-otros.

En tal sentido, la diada fortuna y *virtù* que ha servido a distintos comentaristas para revelar la singularidad del momento maquiaveliano tiene, a su vez, en la figura de Borgia un aspecto doblemente innovador. Este radica en que esa *virtù* no solo se manifiesta en la fuerza disruptiva del liderazgo del príncipe nuevo, sino también en cómo él se relaciona con los otros y, en particular, de qué manera se vincula con el pueblo, inaugurando un modo de relación diferente al que tenían los *grandi* hasta entonces dominantes.

Vayamos ahora al segundo eje que ilumina la figura y el accionar de Borgia: la tensión entre el ejercicio de la crueldad y la violencia pura. Cuando Maquiavelo refiere a los que acceden al principado por medio de los crímenes, en el capítulo VIII de *Il principe*, la figura de Borgia opera en dos sentidos. Primero, en la búsqueda de contraponer el ejercicio de crueldad del propio Borgia con la violencia pura utilizada por

12 Quentin Skinner (1998) vio en la obra de Maquiavelo la producción de una revolución copernicana en torno al cambio del concepto clásico de virtud por el de *virtù*, recuperando la raíz latina *vir* como potencia Skinner ubica la revolución de Maquiavelo en términos de la inversión de las virtudes clásicas o más precisamente estoicas de Cicerón y Séneca, dejando de lado tres: la liberalidad, la magnanimidad y la honestidad.

Agatocles y Oliverotto. Segundo, en analizar cómo el ejercicio de la crueldad de Borgia tiene una dimensión que opera bajo forma de arte del engaño.

En este primer sentido, en la contraposición que podemos leer entre las figuras de Agatocles-Oliverotto con Borgia. Por más que Maquiavelo no contrapone taxativamente la figura de Agatocles con la de Borgia, como tampoco lo hace con Oliverotto, podemos hacer el ejercicio de cómo el duque, a diferencia de Agatocles, realiza un desdoblamiento de su imagen que proyecta hacia el pueblo. Respecto de Agatocles, vasallo que devino rey de Siracusa a través del uso de la crueldad, Maquiavelo advierte no llamarlo virtuoso ni hombre excelente. “No obstante no se puede llamar virtud al hecho de asesinar a sus ciudadanos, traicionar a los amigos, no tener fe, ni piedad, ni religión: y esos métodos pueden llegar a conquistar poder pero no gloria” (Maquiavelo, 2012: 44). Esto lleva al ejercicio de nosotros, lectores, sobre la distancia entre ambos. Uno se desarrolla bajo el signo de la violencia pura, el otro, Borgia, modifica sus imperativos en función de los otros, los súbditos. Al divisar Borgia como la crueldad desmedida ejercida por Ramiro d’Orco hacia el pueblo podía dañar legitimidad, señala Maquiavelo en el capítulo VII de *Il principe*, Borgia lo hizo ejecutar y colgar en la plaza pública de Cesena. Al exponerlo muerto espectacularmente ahí, Borgia logró desfogar el humor del pueblo y, como escribe el autor, “ganárselos completamente”. Este espectáculo se configura en una especie de venganza pública sobre aquel hombre que anuló la medición entre él y el pueblo. Borgia restableció, así, su reputación que es mediadora con el pueblo y lo deja *soddisfatto e stupido*. Aquí aparece nuevamente lo que hemos tematizado en el apartado anterior: la *virtù* implica un relación con-otros. Por ese vínculo, el poder que ejerce el líder sobre el pueblo no es un mero hecho de ejercicio instrumental y opresor sobre la masa voluble; más bien hay una representación que de este se hace.

Para introducir a Oliverotto, Maquiavelo lo ubica junto al ejemplo antiguo, el de Agatocles, pues también él accede a un orden a través de los crímenes. En Oliverotto se muestra un ascenso: huérfano, talentoso militar, luego jefe del ejército y, finalmente —luego del asesinato de su tío—, jefe de la ciudad de Fermo. Él también ejerció la violencia de manera pura, sin mediaciones, ni representaciones. No solo mato a su tío, sino que también saqueó a la ciudad y sometió a todos bajo el halo de su poder; pero lo más importante: un poder que no pudo proyectar una imagen. Se mostró, también, embrutecido.

A través del relato de estos personajes, es donde podemos ubicar el juego maquiaveliano de las contraposiciones que, en este caso, opera bajo la forma de Agatocles-Oliverotto como modelos de ejercicio de la violencia pura contra la administración de la crueldad de Borgia. Como

ya hemos mencionado, el uso de la crueldad del propio Borgia es de otro orden: implicó proyectar una imagen de hombre no-bondadoso hacia el pueblo que puede hacer uso de la crueldad en determinados momentos.

El segundo sentido en el que opera la figura de Borgia, reiterando lo mencionado anteriormente, es el manejo del arte del engaño del propio Borgia. El duque, en una especie de vengador, le miente a Oliverotto de Fermo, saqueador y asesino. Por otro, en la masacre de Sinigallia, Borgia pudo deshacerse de los conspiradores a través de su arte de disimulo y engaño. Borgia, al mismo tiempo que instituía acuerdos con los cabezallas rebeldes, especialmente con los Vitelli y Orsini, les armaba una trampa mortal que terminaría para diciembre de 1502 con la muerte de Vitellozzo y Oliverotto primero, y para principios de 1503 con los Orsini. Esta cuestión de la apariencia ilumina dos cosas de la empresa maquiaveliana. Primero, de las cosas políticas solo conocemos su apariencia. Segundo, esta cuestión de la apariencia habilita dos registros diferentes de su uso. Por un lado, es la relación que mantienen Borgia con aquellos que, en algún sentido, pueden considerarse sus pares, como era el caso de *condottieri*, que opera como forma de manipulación: tender una trampa para matarlos. Por otro, la apariencia que Borgia hace opera en relación con el pueblo no es del ejercicio del mero hecho embrutecido de la manipulación. El elemento de la apariencia que se establece entre Borgia y el pueblo, en este sentido, es una fórmula que indica que no hay una verdad de las cosas independiente de los juicios de los que les son externos.

Recordemos que, tal como reconstruimos en el apartado anterior, las figuras de Oliverotto y Agatocles nos llevan a interrogar sobre la figura Borgia. *Il duce* fue cruel: mató a infinitos hombres, mandó a asesinar aquellos conspiradores que intentaban transgredir su autoridad y puso a Ramiro d'Orco, un hombre feroz, a cargo de la organización de Romagna. Al narrar estos acaecimientos, parece que el accionar de Borgia no resulta muy diferente de lo realizado por Agatocles y de Oliverotto. Pero como es una conjetura, es necesario, pues, ponerlo en forma de interrogante: ¿Cuál es el vínculo que mantiene Borgia con el ejercicio de la violencia? Para ello, nos dirigiremos al capítulo XVII y su tratamiento de la crueldad.

La crueldad como categoría resulta huidiza, también, como la *fortuna*. Es más, parece estar como una tercera alternativa frente a la *virtù* y la fortuna. Pero Maquiavelo no va tan lejos. La crueldad no es nunca una solución, pues hay, como afirma Merleau-Ponty, una comunión de mí a los demás. El poder, en definitiva, no tiene que ver solo con la fuerza. Pero tampoco es la mera delegación decorosa de voluntades. Es por ello que el poder de Borgia, está siempre en disputa, se encuentra yecto a un abismo. Esta figuración del poder yecto-a-un-abismo lo muestra, en

efecto, desnudo, frágil, discutible y, sobre todo, afirmado en la incertidumbre. A partir de esta caracterización del poder se puede esbozar una definición de su legitimidad: un poder que se llama legítimo es aquel que logra evitar el desprecio y el odio. Esa interpretación, en principio, pasa por aquella negación matizada: el poder no es solo fuerza. Ilustrativas en este punto resultan las reflexiones de Merleau-Ponty: "... cuando la víctima confiesa que está vencida, el hombre cruel siente latir en esas palabras otra vida, se encuentra frente a otro yo. Estamos lejos de las relaciones de pura fuerza que existen entre los objetos. Para emplear las palabras de Maquiavelo, hemos pasado exactamente de los 'animales al hombre'" (Merleau-Ponty, 1969: 266).

El poder ejercido por Borgia, en este sentido, no fue solo fuerza embrutecida. La crueldad, por ejemplo, es reconocida y exigida por Maquiavelo en determinados momentos. "César Borgia era considerado cruel, pero a pesar de eso su crueldad había reordenado la Romagna, uniéndola, reduciéndola a la paz y a la lealtad" (Maquiavelo, 2012: 86). Sin embargo, esta violencia pura es episódica: no es la verdad del poder, sino su complemento. Pues, como afirma Maquiavelo: "[y] si pronto le hiciera falta proceder contra la sangre de alguno, que lo haga cuando haya una justificación conveniente para ello y una causa manifiesta" (Maquiavelo, 2012: 88). Ahora bien, afirmar, como lo hace Maquiavelo, que el poder de ejecutar a un súbdito necesariamente requiere de una justificación suficiente y causa manifiesta muestra, en entre líneas, que no existe tal cosa como un poder absoluto que emane de la sociedad porque para Maquiavelo esta nace siempre dividida internamente, en ella siempre hay otros.

Borgia ejerció la crueldad pero realizando un buen uso de esta. Ese buen uso implicó, en algún sentido, que Borgia permanezca en un punto intermedio de dos extremos. Es decir, permanecer entre la violencia más embrutecida y la bondad más despreciable. Habíamos dicho que Borgia no ejerció la violencia al estilo de Agatocles y Oliveroto de Fermo, esto es, de un modo puro. Que Borgia no fue bondadoso,¹³ es cierto, pero

13 Sobre el problema de la bondad en política Merleau-Ponty ha escrito en *Nota sobre Maquiavelo* lo siguiente: "Qué clase de bondad es la que se quiere bondad. Una manera dulce de ignorar a los demás y al fin y al cabo despreciarles" (Merleau-Ponty, 1969: 272). En coincidencia con lo expresado por Merleau-Ponty, Hannah Arendt (2005) ha tematizado, aunque brevemente, el concepto de bondad en Maquiavelo cuando dice: "La bondad, por lo tanto, como consistente forma de vida, no es solo imposible dentro de los confines de la esfera pública, sino que incluso destructiva. Quizás nadie ha comprendido tan agudamente como Maquiavelo esta ruinosa cualidad de ser bueno, quien, en su famoso párrafo, se atrevió a enseñar a los hombres "cómo no ser bueno". Resulta innecesario añadir que no dijo, ni quiso decir, que a los hombres se les debe enseñar a ser malos; el acto criminal, si bien por otras razones, también ha de huir de ser visto y oído por los demás". La mención a Maquiavelo viene a traer cómo el pensador florentino pudo captar la separación entre la esfera privada y pública. Es más, en el breve ensayo "Una bitácora para leer a Maquiavelo", Arendt (2002) reflexiona

el verdadero vértigo de la vida en común no implica resguardarse en lo que es bueno, sino embarcarse en la disputa política para instituir significados, cuando un momento excepcional así lo requiere. Y en esta adrenalina que se siente al disponer de nuevos sentidos, el poder de Borgia desprende una imagen de sí mismo hacia el pueblo: la de hombre cruel que genera como contrapartida el no-odio del pueblo hacia él. La política tiene que más que ver con la apariencia del poder que con su ser. Los hombres, señala el florentino, juzgan por lo que ven y no por lo que tocan. En consecuencia, Maquiavelo aconseja al príncipe hacerse una cierta reputación de bondad, de lealtad y de justicia, e incluso no desaconseja estar a la altura de esa reputación, pero sin estar presa de ellas. Es decir, debe poder desplegar otras contrarias si el momento lo requiere. Y esto es, efectivamente, lo que realizó Borgia: fue cruel cuando el momento lo requirió; supo asesinar a Ramiro d'Orco cuando su crueldad desmedida podría obstruir el circuito entre él y el pueblo. El príncipe virtuoso es, en definitiva, aquel que genera nuevos sentidos en la lucha entre los hombres.

Los capítulos dedicados a las milicias (XIII) y a las fortalezas (XX) en *Il Principe* se encuentran en plena sintonía con el argumento anteriormente desarrollado. Borgia mostró la potencia de la *virtù* de darle forma a una materia. Alejado de representaciones míticas sobre sí mismo, Borgia, a diferencia de Savonarola, que se quedó siempre en su púlpito, y de Sforza, que solo le bastó con ocupar la plaza de Visconti, pudo invertir el equilibrio de fuerzas políticas vigentes y llevar adelante la vertiginosa empresa de la creación política: creó sus propios ejércitos e invadió ciudades amuralladas. Hay una enseñanza radical que se desprende con la figura de Borgia: una enseñanza que implica el desafío de no quedarse con los hechos embrutecidos. Borgia asesinó al funcionario que fue su intermediario en el ejercicio de la crueldad cuando su impopularidad amenazó con perjudicarlo y exterminó a los señores que lo traicionaron a través de una emboscada. Pero no podemos reducir su política sola a una dominación violenta. En cada hecho de violencia aparece, a contrapelo, otros hechos: una vez que exterminó a los señores de Romagna, liberó a los pueblos de la miseria; condenando a muerte al ministro cuya violencia se había visto beneficiado, hizo volver confianza en la justicia; ejecutando a los jefes de Orsini volvió a traer paz en un lugar donde comenzaba a generarse intrigas. Al respecto, Lefort afirma que "... cuando se considera con atención la fuerza en el ejemplo más cercado de una gran aventura política y se miden las violencias que han acompañado a la ascensión del príncipe, se descubre, como su doble, la búsqueda del

sobre la bondad y cómo solo existe en la esfera privada. Cuando esta es conocida es, para Arendt, mera vanidad; es el deseo de aparecer como buena.

consentimiento popular, la satisfacción dada a las necesidades de los dominados” (Lefort, 2010:204). En este sentido, la construcción del liderazgo de Borgia tiene que ver, en algún sentido, con los súbditos. Hay una relación articuladora entre ambos.

Hasta aquí, hemos visto cómo el *exemplum* Borgia ilumina con singular claridad la innovación maquiavélica en torno a la diada virtud/fortuna, tanto como la referida al problema de la crueldad y la violencia. Consideremos, por último, un tercer eje de la innovación maquiaveliana: el del no-odio.

El capítulo XVII de *Il principe* es, como ya hemos indicado, el apartado donde Maquiavelo tematiza expresamente la cuestión de la crueldad. Pero también, en este mismo capítulo, es donde se abre el cálculo pasional en Maquiavelo. El tema del no-odio, en este sentido, constituye el tercer eje del *exemplum* Borgia, pues este, nuevamente, ilustra el efecto que produce aquella tonalidad en la dinámica entre un líder y el pueblo. En esta dinámica, Maquiavelo esboza su novedosa concepción de un poder que se llame legítimo: es decir, uno cuya legitimidad no deriva de una cualidad que le es immanente, sino que es el efecto de ciertas pasiones (no-odio) que los sujetos sienten por el poder y por quién lo ejerce. Es comprendió Borgia, y de ahí su enseñanza.

Tal como hemos visto en el apartado anterior, en *Discorsi* II. 24, el duque de Urbino, Guidubaldo, una vez que Borgia entró en su territorio, pudo comprender lo que le había enseñado el duque con su ataque: lo inútil que son las fortalezas para la protección de un orden. Hay algo que es más importante que ellas: el no-odio del pueblo. Pues, si las fortalezas se construyen, afirma Maquiavelo, para protegerse de los súbditos no tienen ningún sentido de ser y generan, como contrapartida, un odio visceral que se desplaza hacia el príncipe. Sin sentirse intimidado por las murallas, Borgia pudo detectar lo infecundas que eran y lo relevante que es no generar el odio en el pueblo. O, para decirlo en otras palabras, lo importante que era para la construcción de un liderazgo político la relación con el pueblo.

Merleau-Ponty puede ayudarnos a comprender esta relación. Cuando Maquiavelo afirma que para conocer la naturaleza de los pueblos hay que ser príncipe, y que para conocer la del príncipe hay que ser pueblo, está hablando –dicho en el lenguaje de Merleau-Ponty– de una televisión, visión-a-distancia, una cierta distancia (*écart*) que hace posible la visión. En este sentido, la relación entre el príncipe y el *populo* no está dada por una distancia taxonómica. Por el contrario, su tropo es un *quiasma* “que separa, y a la vez une, cualquier interacción humana” (Plot, 2008:118). De esta misma manera, vemos la relación *populo*-príncipe: un entrelazo, un circuito, que a través de la separación permite su unión. Las fortalezas, por el contrario, generan un odio por parte los súbditos, pero ese odio, al igual que el amor, no genera distancia, ni mediaciones.

La pasión del no-odio al igual que la crueldad opera como un punto medio entre dos extremos, entre el amor y el odio más visceral. A través de no generar el odio, pero tampoco el amor, se forja un circuito entre el líder y el pueblo, mediatizada por la imagen del líder. Esa imagen que genera una distancia permite, a su vez, la comunión del príncipe hacia el pueblo.

En *Discorsi* I. 38 también está presente esta misma idea, reseñada más arriba, de generar una comunión con el pueblo, que no depende de una fusión amorosa, sino de la intermediación de una imagen, de una mediación apariencial. En este capítulo, como hemos indicado más arriba, Maquiavelo opone al inteligente obrar que tuvo Roma cuando los volscos y los equos asaltaron a los latinos y los hérnicos –formales aliados de Roma pero que eran, más bien, sus súbditos–, con la disposición *male risolute* [irresoluta] que se caracterizó Florencia cuando Borgia quiso volver a Roma por Toscana. La impetuosidad de *Il duce* quedó entrevista en su tenaz voluntad de entrar por la Toscana más allá de la negativa de Florencia. Ella “no siguió aquí el ejemplo romano, porque estando el duque armadísimo, y los florentinos lo suficientemente desarmados como para no poderle impedir el paso, era mucho más honorable que pareciera que pasaba por voluntad que no a la fuerza” (Maquiavelo, 2000: 27). Esto quiere decir que Florencia no pudo *parecer* con autoridad y cederle el paso a Borgia, por más que la mezquindad de sus armas no le dejara mejor opción. Cuando Maquiavelo asevera que Florencia no pudo *parecer* con más autoridad está diciendo que esta no pudo construir una imagen que le permitiera aparentar poseer una autoridad política. Todo lo contrario hizo Borgia: la imagen que pudo construir implicó siempre un intercambio entre él y los súbditos. Borgia construyó un poder que pudo llamarse legítimo a través del no-odio que generó en el pueblo como en el episodio de Ramiro d’Orco. Pudo también, como afirma Maquiavelo en este capítulo de los *Discorsi*, tomar Faenza, obtener concesiones de Bolonia y entrar por Toscana por ese temor (no-odio) que generaba.

En los *Discorsi*, la última mención de Borgia que está presente en el libro III. 27 resulta, más bien, enigmática. La llamada a Borgia está presente en cómo conquistó los territorios que pertenecían a Florencia. Pero luego de mencionar el episodio con el monseñor Lant, ya reseñado más arriba, Maquiavelo sentencia sobre la incapacidad muy propia de esa clase gobernante al carecer de fuerza y virtud para mantener su orden. Esto último, nos da una pista para seguir pensando esa relación, incipiente, que mantiene Borgia con el pueblo. Maquiavelo había mencionado en el capítulo VII de *Il principe* que el duque poseía “fiereza y virtud”; características que se contraponen con la clase dirigente de la república florentina. Este tratamiento nos interpela en dos sentidos. En primer lugar, no hay división taxativa entre los *Discorsi* y *Il principe*; es

decir, hay entrecruzamiento entre ambos siendo que en los *Discorsi* no hay solo un análisis de las repúblicas sino también de los principados.¹⁴ Segundo, este liderazgo cobra un sutil sentido, como ya dijimos, si se entiende siempre en relación con el pueblo. Borgia pudo capturar la tensión del virtud/fortuna, ser-parecer, saber-desconocer, a través del no-odio que el pueblo proyectaba en él. Es una distancia que permite verse y ser vistos. Cuando Merleau-Ponty dice: “[Habría] que inventar formas políticas capaces de controlar el poder sin anularlo, se necesitaban jefes capaces de explicar a sus súbditos las razones de una cierta política, y de obtener de ellos, si fuera necesario los sacrificios que el poder impone” (Merleau-Ponty, 1969: 278), está manifestando que un orden político (ya sea principado o república) no debe pretender anular al *populo* o a la resistencia que éste plantea.

Una *pietosa crudeltà*: el liderazgo de César Borgia

A través de las menciones y los usos que Maquiavelo hace de Borgia pudimos capturar interrogantes edificantes de la propia obra maquiaveliana. La díada virtud/fortuna, la crueldad y la pasión del no-odio fueron los ejes conceptuales que permitieron ilustrar la especificidad de Borgia. Es así como el *exemplum* Borgia ilustró un tipo particular de construcción de liderazgo en Maquiavelo: el ejemplo de una *pietosa crudeltà*, y esto por tres motivos. Primero, es el tipo de una *pietosa crudeltà* pues el ejercicio de la crueldad de Borgia opera como punto medio que pendula entre el ejercicio de la violencia más pura y la voluntad de persuadir a los otros. Segundo, su accionar es la vislumbre de la dialéctica maquiaveliana virtud/fortuna: aquella potencia de mostrarse virtuoso y audaz frente a lo indeterminado. Frente aquella contingencia de lo que aparece –o de lo que se planea para que suceda– se alza la voluntad de un actor, de Borgia, que actúa en consecuencia y en ese mismo actuar, asimismo, involucra a otros. Por último, la imagen que de sí mismo construye Borgia, aquella que incluye la crueldad y la acción virtuosa, está afirmada a través de la pasión del no-odio que genera en el pueblo. Estos tres aspectos no solo dan cuenta de la especificidad de este tipo de liderazgo –el de una *pietosa crudeltà*–, sino que también el de cómo, a través de estos tres puntos, se involucra la presencia del pueblo ya sea para persuadirlo, ejercer una crueldad (piadosa) sobre él o liberarlo de la desunión que vivía.

14 También esta última referencia a Borgia en los *Discorsi* resulta de un insumo heurístico para comenzar a complejizar la relación entre los liderazgos y el concepto maquiaveliano de república: la condición diletante de la república florentina se contrapone en el liderazgo ejercido por Borgia.

Existe una novela de W. Somerset Maugham titulada *Maquiavelo y la Dama*. En ella, Maugham (1947) cuenta, con un tono socarrón, el viaje diplomático de Maquiavelo a Imola para tratar con César Borgia en el año 1502. Esta misión diplomática, a medida que avanza la novela, queda desplazada por una historia de amor, o más bien de conquista. Maugham relata, de manera ficcional, cómo las mismas estratagemas de Maquiavelo para persuadir al duque para que no ataque la república florentina son reiteradas para seducir a una mujer casada, Monna Aurelia. Es un Maquiavelo que por momentos resulta poco eficaz pero que siempre está mostrando su audacia en llevar adelante ambas seducciones. La joven Monna Aurelia estaba casada con Bartolomeo Martelli, un hombre destacado en Imola y cercano a *Il duce*, a quien Maquiavelo debe acercarse para continuar con su misión diplomática de evitar el ataque ofensivo contra Florencia. Al conocer a Monna Aurelia, Maquiavelo, como un proto-romántico, margina un poco ese objetivo para suscitarse incansables devaneos para conquistarla. Más allá de los conflictos y episodios de la novela, la trama nos lleva a interrogar sobre la distancia que prevalece en este tipo de lazo. Es una distancia que une: al estar Monna Aurelia casada y comprometida hay una distancia entre ella y Maquiavelo que se juega de manera constante en el relato. No obstante, esa lejanía no implica indiferencia entre ambos. Todo lo contrario: hay un lazo de seducción que une y separa al mismo tiempo.

En la figura de Borgia opera esa misma noción de distancia pero no a través de la conquista del amor de una mujer casada, sino a través de la presencia y afirmación que posee el pueblo. La relación que establece Borgia con él está mediatizada a través de la imagen de hombre no-bon-dadoso que ejerce la crueldad en determinados momentos. Es aquella acción la que genera un hiato entre el pueblo y líder pero que, también, los une a través de un halo invisible. Borgia reconoce que la persuasión no se sostiene sola, es necesaria la fuerza. Pero tampoco un orden se puede mantener con el solo ejercicio de la violencia. Esta capacidad de reconocer estos dos aspectos hace de Borgia un ejemplo de virtud.

No obstante, en la elección del Papa, Borgia fracasa. Termina no siendo virtuoso al dejarse confiar en las promesas del Colegio de Cardenales, a saber: de mantener el título de Romagna y el título de Gonfaloniero de la Iglesia a cambio de su alejamiento de Roma. Entonces, por más que Borgia termina no siendo virtuoso en aquella elección, no por ello no deja de ser un ejemplo de liderazgo. En su figura operan interrogantes fundamentales de la obra maquiaveliana. El *exemplum* Borgia es de aquel líder que se aventura a la contienda política, repleta de un plexo de sentidos y significados, mostrando cómo opera la construcción de una imagen en la relación con el pueblo. Pues, como hemos argumentado anteriormente, el poder que emana de Borgia no

se encuentra entonces en su ser, sino “más allá, y por fuera de sí”; se encuentra en su aparecer, en su imagen y en la relación que mediante esta imagen establece con el pueblo. Si el duque fue virtuoso no es porque posee tales o cuales virtudes, sino porque fue capaz de desplegar, en su relación con el pueblo, una imagen particular: la de aquel que es capaz de unir a su condición de “hombre entre los hombres” la “majestad del Estado”; esto es, poner la violencia bajo la apariencia de la legitimidad, la fuerza bajo la máscara de la ley.

Bibliografía

- Althusser, Louis (2004). *Maquiavelo y Nosotros*. Madrid, Akal.
—(2008). *La soledad de Maquiavelo*. Madrid, Akal.
- Arendt, Hannah (2002). “Una bitácora para leer a Maquiavelo”, *Meta-política* N° 23, mayo-junio.
—(2005). *La condición humana*. Buenos Aires, Paidós.
- Aristóteles (2000). *Retórica*. Madrid, Gredos.
- Bondanella, Peter (1973). *Machiavelli and the Art of Renaissance History*. Detroit, Wayne State/University Press.
- Lefort, Claude (2010). *Maquiavelo. Lecturas de lo político*. Madrid, Trotta.
- López, Damián (2009). “La soledad de Althusser. La lectura de Maquiavelo como clave de renovación teórica”, *Sociohistórica* N°25, primer semestre.
- Maquiavelo, Nicolás (1971). *Il principe e Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*. Milano, Feltrinelli.
— (1991). *Escritos políticos breves*. Madrid, Tecnos.
—(2000). *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Madrid, Alianza.
—(2012). *El Príncipe*. Buenos Aires, Colihue.
- Maugham, Somerset W. (1947). *Maquiavelo y la dama*. Buenos Aires, Acme.
- Merleau-Ponty, Maurice (1969). “Nota sobre Maquiavelo”, en: *Signos*. Barcelona, Seix Barral.
—(2010). *Lo visible y lo invisible*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Plot, Martín (2008). *La carne de lo social*. Buenos Aires, Prometo.
- Skinner, Quentin (1998). *Maquiavelo*. Madrid, Alianza.
- Villari, Pascuale (1953). *Maquiavelo. Su vida y su tiempo*. México D. F., Biografías Ganesa.
- Viroli, Maurizio (2000). *La sonrisa de Maquiavelo*. Barcelona, Tusquets.

Una *pietosa crudeltà*: la figura de César Borgia en Nicolás Maquiavelo

Vivanti, Corrado (2013). *Maquiavelo: Los tiempos de la política*. Buenos Aires, Paidós.